

NOTA

SOBRE «LA AGONIA DEL CRISTIANISMO» SIETE CARTAS DE PAUL LOUIS COUCHOUD A UNAMUNO

Cuando hace treinta años explicaba a mis alumnos de Teología fundamental del Seminario de San Sebastián la teoría de Paul Louis Couchoud acerca de la figura de Cristo de la mano de Jean Guittou, no me imaginaba que otros tantos más tarde había de tener en mis manos unas cartas de aquel escritor francés dirigidas precisamente a don Miguel de Unamuno. Aunque éstas hayan permanecido ignoradas, era conocida la relación de Unamuno con Couchoud, ya que aquel la confiesa con toda claridad en *La agonía del Cristianismo*. Como es sabido este libro apareció primero en lengua francesa, traducido por Jean Cassou (París 1925), en la Colección «Christianisme», publicada bajo la dirección de P. L. Couchoud. En 1926 apareció la versión italiana, en 1928 la inglesa y alemana, y sólo en 1931 se editó en España en lengua castellana con un prólogo peculiar en que nos habla de la circunstancia en que compuso el libro. «Este libro fue escrito en París hallándome yo emigrado, refugiado allí, a fines de 1924, en plena dictadura pretoriana y cesariana española y en singulares condiciones de ánimo, presa de una verdadera fiebre espiritual y de una pesadilla de aguardo, condiciones que he tratado de narrar en mi libro *Cómo se hace una novela*. Y fue escrito por encargo, como lo expongo en su introducción»¹.

En efecto, en la introducción, presente en todas las versiones, se explica claramente la circunstancia de tal encargo, tras describir la añoranza de España —de la sierra de Béjar, de la estepa de Palencia, de la ría de Bilbao— que sentía en la capital francesa:

«En estas circunstancias individuales, de índole religiosa y cristiana me atrevo a decir, se me acercó Mr. P. L. Couchoud a pedirme que le hiciese un *cahier* para su colección *Christianisme*. Y fue él mismo quien me sugirió, entre otros, este título: *La agonía del cristianismo*. Es que conocía mi obra *Del sentimiento trágico de la vida*. Cuando Mr. P. L. Couchoud me llegó con esa demanda, estaba yo leyendo la *Enquête sur la monarchie*, de Mr. Charles Maurras— ¡cuán lejos de los Evangelios!—, en que se nos sirve en

¹ Para el texto de *La agonía del Cristianismo* utilizo las *Obras completas*, Ed. Escelicer, VII, p. 305. El encargo del libro queda aclarado en la cita siguiente. En la introducción de M. García Blanco se dice algo sobre el origen de esta obra unamuniana, pp. 41-9.

latas de conserva carne ya podrida, procedente del matadero del difunto José de Maistre»².

La relación directa, acaso inicial entre Unamuno y Couchoud, queda explícitamente atestiguada en esta confesión de Unamuno. Ahora la podemos confirmar mediante la publicación de las cartas de P. L. Couchoud a Unamuno que se conservan en la Casa-Museo de éste en Salamanca, bajo la signatura C 6. 115. Justamente la primera carta de la serie es de 27 de agosto de 1924 y en ella aparece la propuesta a la que se refirió Unamuno en la introducción, ya citada. Couchoud se presenta en ella como director de la Colección *Christianisme*, consagrada a estudiar con espíritu totalmente independiente todos los aspectos del Cristianismo en su historia, sea en el presente, sea en el futuro. Se trataba de pequeños libros de unas 125 páginas, dirigidos a un extenso público que sostenía el empeño con sus ánimos y con el interés que mostraba por el mismo. Se quería hacer alternar a los sabios que aportaban contribuciones originales a la historia del Cristianismo con escritores que seguían las repercusiones sutiles del Cristianismo en el pensamiento y en las almas. Habían aparecido ya tres títulos, mas estaban programados nueve: *Una Historia del Cristianismo*, por A. Houtin, *Charlas sobre el Cristianismo*, por Alain. *Le mystère de Jésus*, por el propio Couchoud. Los siguientes tomos del proyecto eran *La Sibila. Tres ensayos sobre la religión antigua y el Cristianismo*, por Th. Zielinski; *El cuarto Evangelio*, traducido del griego con introducción de H. Delafosse; *El pensamiento religioso de Renan*, por J. Pommier; *Apología de la Franc-Masonería. Memoria inédita de José de Maistre al Príncipe de Brunswick*, publicada por E. Demergem; *La Virgen María*, por L. Coulange, y *Orfismo y Cristianismo*, por E. Boulenger.

Para tal colección reclamaba con interés P. L. Couchoud la colaboración de Unamuno en forma de un pequeño libro que tratase de Cristianismo. Para halagar la vanidad de Unamuno, le añade: «Vuestro nombre es para todos los franceses sinónimo de libertad de espíritu, de coraje intelectual, de inteligencia de las cosas espirituales. Ninguna voz mejor que la vuestra puede hacernos oír altas verdades. El tema quedará enteramente a su gusto y lo tratará en el espíritu y en la forma que le convenga. en su lengua propia o en la nuestra». Unamuno escribió su libro en español y Jean Cassou lo tradujo a un vigoroso francés. Mas, entre las sugerencias finales de la carta de P. L. Couchoud, nos encontramos con una sarta de títulos posibles: *L'Avenir du Christianisme*, *Bilan du Catholicisme*, *Christianisme et Science*, *Chretienté*, *Foi nouvelle*, *L'Agonie du Christianisme*, *Mystiques et poètes*, *Spiritualité*, *La foi de Pascal*, *Sainte Thérèse*, *la Religion*, *L'Art chrétien*. Entre el ramillete de títulos ofertados, Unamuno

2 Op. cit., p. 308. Louis Couchoud no es ningún teólogo o biblista profesional. No figura en *Lexikon für theologie und Kirche* y sólo hay breves alusiones a él en el *Dict. Theol. Catholique*, XIII, 1777. XV, 1047. Luego veremos que era médico, agnóstico que llegó a negar la existencia de Jesús y dotado de un «escepticismo místico». Habría que englobarlo más bien entre los racionalistas, y nunca entre los modernistas. Su libro *Le mystère de Jésus* (Paris 1924) apareció en el momento en que inicia su relación con Unamuno, así como la colección que él dirigía «Christianisme». El «espíritu totalmente independiente» de la misma significa fundamentalmente anticatólico, mezclado con un distante respeto hacia la Iglesia y una vaga afición hacia lo espiritual.

escogió el de *La Agonía del Cristianismo*, y aun dentro del libro incluyó un capítulo «La fe pascaliana», que remeda otro de los posibles títulos (*Carta 1*).

Unamuno debió ponerse inmediatamente a la tarea, porque al final de año (21 diciembre 1924), Couchoud le da cuenta por carta de la buena noticia que le da Jean Cassou: Unamuno había concluido su redacción manuscrita, que Cassou se disponía a traducirla para febrero. Couchoud dice saber por Cassou que la obra es bella, apasionada y viva, con muchos puntos de vista personales e íntimos. Y le agradece de paso el que le haga el honor de citarle (a Couchoud). Puesto que Unamuno había concedido a la revista «Europa» el favor de publicar algún extracto del libro, Couchoud le ruega que señale los trozos que escoja para esto, para que J. Cassou los traduzca inmediatamente. Couchoud promete ocuparse en alguna entrevista próxima de las condiciones o contrato de edición, y entretanto invita a Unamuno a almorzar en familia el día de Navidad, el de Año nuevo o el domingo 4 de enero, a elección. «Seríamos felices si pudiésemos haceros olvidar un poco, durante estos días de reuniones de familia, las tristezas del exilio y el alejamiento de la familia». (*Carta 2*), en efecto, estaba desterrado en París y aun le quedaban varios años de sufrimiento.

Los planes se vieron algo alterados en la familia Couchoud: el nacimiento de una nieta les obligaba a asistir a su bautizo en Angers el 1 de enero. Muy amablemente invita a Unamuno a la ceremonia y a demorar el almuerzo hasta el 11 de enero. La invitación se hace insistente y va acompañada de deseos de reparación y de paz para España (*Carta 3*).

Unamuno debió tratar a la familia Couchoud. Alguna niña, a la que Unamuno designaba con el nombre de «mi reina», y sus padres le invitaban a un nuevo almuerzo familiar, sin cumplidos, el 15 de marzo (1925). Mientras Couchoud agradece en la misma carta de invitación el artículo «El Marqués de Lumbria»³ de Unamuno que le revela una España ardiente y secreta, y toda la capacidad de Unamuno de mostrar muchas y hondas cosas con un sólo trazo. Lo mejor de la carta para Unamuno era el anuncio del final de la traducción hecha por J. Cassou de *La agonía del Cristianismo*⁴. Couchoud ardía en impaciencia por leer la obra maestra (*Carta 4*).

Tres semanas más tarde —Carta del 25 marzo 1925— estaba ya en manos de Couchoud la traducción hecha por Cassou. Couchoud encontró el libro de Unamuno más hermoso aún de lo que esperaba. «Ha brotado —le dice— de vuestro espíritu y de vuestro corazón. Es denso, patético, fulgurante; ilumina de un golpe grandes paisajes espirituales; tiene el sonido de una campana grande y el vuelo de un gran pájaro». Lo de menos son las condiciones del contrato, la reserva de derechos de traducción al inglés y alemán, el tratamiento del texto español como si fuese traducción del francés (?). Una vez más, Couchoud invita a su casa a Unamuno a una fiesta familiar, en que se cantarían unas poesías japonesas traducidas por Couchoud y musicadas por un joven compositor, M. Delvincourt. ¿Acudiría a la grata reunión familiar? (*Carta 5*).

3 Editado en *Obras completas*, II, 198-1007.

4 Sobre las relaciones de Jean Cassou con Unamuno, cf. M. García Blanco, *En torno a Unamuno* (Madrid 1965) pp. 607-14. Concretamente en la p. 612 alude a la intervención de Cassou en la traducción de *La agonía del cristianismo* y señala que tal título fue sugerido a Unamuno por L. P. Couchoud, si bien no cita las cartas que publico.

La *Carta 6* nos reserva una sorpresa. Entre los títulos inicialmente propuestos había uno referente a Santa Teresa. Pues bien, en la relación de Unamuno con M. Albert Crémieux, director de la editorial, había brotado un proyecto, al parecer de Unamuno: la composición de un librito sobre San Ignacio de Loyola. Couchoud lo aceptaba y reclamaba para su colección «Christianisme», exigiendo que fuese de parecida extensión a *La agonía del Cristianismo*, y que fuese más literario que erudito. Le daba un año de plazo para escribirlo: si recibía el manuscrito para el 1 de abril de 1926, podría salir después de las vacaciones del mismo año. «Ignacio de Loyola —añade Couchoud— es muy mal conocido en Francia. Su importancia como héroe espiritual y como reformador del cristianismo es inmensa. Su historia, escrita y comentada por Ud., será de una belleza trágica y de gran enseñanza». La carta concluye anunciando el cambio de casa, a 82 rue Notre Dame de Champs, y con saludos de la «reinecitá», esposa y familia. Mucho había escrito Unamuno sobre San Ignacio en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, y su santo paisano aparece por doquier en sus escritos. Sin embargo no parece haber concluido este librito solicitado y acaso soñado y propuesto por el propio Unamuno.

Siguen casi diez años de silencio. Unamuno abandonó París y pasó a Hendaya. En 1930 pudo volver a España y zambullirse en los dramáticos años que le quedaban de vida. Existe una carta de Couchoud del 13 de junio de 1934, con un membrete, a primera vista sorprendente: *Institut Médical de Physiothérapie*, 63 rue Miromesnil, Paris VIII. Es una simple carta de recomendación de la Sta. Victoria Carpenter, norteamericana de 20 años que había hecho sus estudios en Francia y preparaba su licenciatura en Letras. Deseaba pasar los meses de agosto a octubre en alguna familia española, enseñando francés e inglés y perfeccionándose en español. Unamuno era el encargado de proporcionar pistas y facilitar el cumplimiento de tales deseos. La carta, más distante y rutinaria, se cierra con una línea más expresiva: «Le dirijimos, mi querido maestro, nuestro fiel recuerdo y toda nuestra repetuosa simpatía» (*Carta 7*). La fidelidad y el recuerdo de gratas horas pasadas en compañía en años de tristeza, debieron ser valores estimados por Unamuno.

* * *

En la Biblioteca de la Casa-Museo de Unamuno (Salamanca) quedan, como testigos mudos en una relación, algunos libros de P. L. Couchoud. En primer, lugar el importante y coetánea del encuentro *Le mystère de Jesús* (Paris 1924), sign. U. 5.323. Lleva alguna que otra anotación de página por parte de Unamuno, sobre todo al final del libro, y una línea marginal p. 84 advierte sobre algún párrafo especialmente significativo. Lo mismo ocurre en el libro *Sages et poètes d'Asie* (Paris 1923). Encontramos finalmente una separata de la *Revue d'Histoire des religions* (1926) con un artículo de Couchoud, 'La première édition de Saint Paul' con una dedicatoria: «Au grand écrivain et grand citoyen Miguel de Unamuno, hommage de respectueuse affection, P. L. Couchoud».

* * *

Una relación personal entre Couchoud y Unamuno, reforzada por la presencia de algunos libros del francés en la biblioteca del vasco, y concretamente del fundamental libro *Le mystère de Jésus* ¿podría hacer pensar en un influjo ideológico del primero en el segundo? Ciertamente le inspiró el título de su libro, *La agonía del Cristianismo*, aunque Unamuno parece insinuar algo cuando dice que Couchoud conocía ya la obra *Del sentimiento trágico de la vida*. El rastro *literal* de la obra de Couchoud en la de Unamuno es nulo, si bien en una ocasión, en el cap. III «¿Qué es el Cristianismo?», Unamuno escribe, p. 37: «Lleva razón Couchoud al decir (*Le mystère de Jésus*, pp. 37 y 38) que el Evangelio «no se da por una historia, una crónica, un relato o una vida». Se intitula *Buena Nueva*. San Pablo le llama *Misterio* (Rom X, 15-6). Es una revelación de Dios».

Jean Guitton en su último libro insiste en una idea, ya vieja en él; frente a Jesús hay dos alternativas extremas; Renan y Couchoud⁵. La hipótesis de Couchoud está claramente expuesta en su libro citado⁶, cuando a propósito de San Pablo, primer testigo del Cristianismo, afirma: «Y el primer cristiano cuya voz escuchamos, un hebreo hijo de hebreos, asociaría un hombre a Yahvé de la manera más coulante. ¡Este es el milagro contra el que respingo. No me ofrecen dificultades los milagros del Evangelio. Aunque fuesen cien veces más numerosos, no dudaría por tan poco de la existencia de Jesús. El obstáculo invencible, es el culto de Jesús, la religión cristiana. Si miramos el fondo de las cosas, la existencia del Cristianismo, lejos de probar la de Jesús, la excluye». Cómo fundar sobre la Biblia la transformación de un hombre en Dios! Cómo sostener que un judío de Cilicia, fariseo de educación, hablando de un judío de Galilea contemporáneo suyo, haya podido emplear sin rechinar los textos sagrados en que Yahvé es nombrado! Sería preciso no saber nada de un judío, un olvidarlo todo» (p. 84-5). Y en la página siguiente: «El Jesús pretendidamente histórico, palurdo que se hizo llamar rey, campesino iluminado, aventurero ingenuo que arrojando la garlopa marchó a Jerusalén para apoderarse de ella en nombre de Dios, protestatario impotente, rebelde a las armas, Mesías frustrado, debe permanecer a la puerta de la historia. Sus títulos no están en regla, Sobre sus documentos de identidad divinos, se ha añadido fraudulentamente la palabra hombre. Debe despedírsele sin vacilar, porque no puede servir para nada. Sus espaldas son demasiado frágiles para cargar con el edificio cristiano» (p. 86). Para Couchoud el Cristianismo no es «la deificación de un hombre» (p. 87), como sería para Renan. Cristo es un desdoblamiento del viejo Dios de Israel, el hijo divino de Yahvé» (p. 88). «Jamás Pablo apela a una narración histórica. Para él la existencia de Jesús no es narrada, es revelada. No es un dato de la historia, sino una deducción de la exegesis, confirmada por el milagro» (p. 88). «La leyenda con forma histórica no vino sino después de él» (p. 89). El hecho primordial de la fe cristiana es que «Jesús no es un hombre progresivamente divinizado, sino un Dios progresivamente humanizado» (p. 90).

⁵ Jean Guitton, *Le Christ de ma vie. Dialogue avec Joseph Doré* (Colección «Jésus et Jésus Christi, dirigé par J. Doré (Paris 1987).

⁶ *Le mystère de Jésus* (Paris 1924).

Creo que Unamuno estaba más cerca de Renan que de Couchoud⁷, y esto explicaría el poco eco de la obra de éste en *La agonía del Cristianismo*. en ésta, como en otras obras, Unamuno hace innumerables citas de las narraciones evangélicas como para pensar que las considere leyendas a posteriori. El último párrafo de *La agonía del Cristianismo* habla del derramamiento de sangre en la cruz y hasta de la leyenda del ciego Longinos que a su contacto recuperó la vista, y de los goterones de sangre derramados en el huerto de Getsemaní. El Cristo, hombre de carne y hueso, tiene demasiada consistencia en la agonía-batalla interior de Unamuno, como para considerarlo una humanización ficticia del Dios.

La hipótesis Couchoud le tenía que resultar inaceptable. Mas ¿el hombre Couchoud? ¿No era otro agonista? Jean Guittón nos ha revelado en su último libro preciosos datos sobre L. P. Couchoud, a quien conoció pronto, y aun reconoce que ejerció gran influjo en su vida. Entre Renan y Couchoud estaba la lectura católica del Evangelio, mas para ella, según Couchoud, era precisa la fe y él se consideraba agnóstico. Sin embargo había sido educado por los maristas, tuvo una infancia muy piadosa, su madre era piadosísima, dos sobrinos eran jesuitas, se había casado con una mujer ortodoxa. El era médico, era escéptico, pero con un *escepticismo místico*. Sólo se interesaba por los santos y santas, por la religión. Era un hombre abierto, había llegado hasta al Japón. Y Couchoud murió religiosamente. ¿Qué pasó? «No lo sé exactamente. Mas un sacerdote vino a verme el día de su muerte. Sin faltar al secreto, este sacerdote dijo que no estaba mal lo que le había confiado Couchoud, y que sería enterrado en la catedral de Vienne y más tarde inhumado en París, en el cementerio de Saint Cloud y que se me pediría interviniese en sus funerales. Entonces yo escribí al Cardenal de París, suplicándole: ¿Me da autorización para ir a hablar a los funerales de Couchoud, en S. Cloud? El me respondió afirmativamente. Entonces yo acudí. Estaba el P. Festugière y no pocas gentes que aún viven. Estaban los del círculo de Couchoud y los señores «de barbita», del género de francmasones, que se pusieron a leer un papel: «Yo, Couchoud, que estoy en plena razón, el 2 de diciembre de 1920, declaro que si hago gazmoñerías en el momento de mi agonía para decir que quiero ser enterrado religiosamente o que quiero convertirme, yo, Couchoud bien consciente, desmiento al Couchoud enfermo»... En cuanto a mí, Guittón, me levanté como un autómata, sostuve absolutamente lo contrario. Couchoud me decía frecuentemente: «No sé nada, tengo dificultad para creer, espero todo». Debí comentar esto. Así terminó la historia de Couchoud».

Al principio de este trabajo vimos que, cuando vino Unamuno a conocer a Couchoud, estaba leyendo un libro de Maurras, sobre el que pronuncia un juicio implacable y feroz, como si quisiese contraponerlo a Couchoud. Mas, de nuevo Guittón nos sorprende uniendo a los contrapuestos; ¡Couchoud! tenía el mayor respeto por los santos, por los místicos. Era muy piadoso a su manera. Tenía un

7 En un excursus final del libro, Guittón dice: «Me acuerdo que Couchoud, mi amigo incrédulo, me decía: «Sí, yo acepto todo en el *Credo*, menos el *sub Pontio Pilato*». Y yo le decía: «Es eso a lo que más me aferro. Porque eso inserta la Encarnación en el tiempo de la historia. Y yo necesito, cuando leo esos relatos circunstanciados, saber que eso ha ocurrido», op. cit., p. 274.

poco el estilo de Maurras, respecto a la Iglesia. Un gran respeto a la Iglesia católica. Maurras ha tenido durante mucho tiempo ese respeto hacia la Iglesia católica. Al fin de su vida, parece que volvió a la fe de su infancia bajo el influjo de Santa Teresa de Jesús. Ya sabe V. que en el momento de la muerte dijo: «Por primera vez, siento que alguien viene». Couchoud era un poco eso. Barrés también.

Unamuno no pudo conocer este final de su amigo. Acaso estaba más cerca de su «escepticismo místico» que de su teoría sobre Jesús. En última instancia, eran dos «agonistas». Probablemente, Unamuno era más cristiano.

APENDICE

Cartas de L. P. Couchoud a Miguel de Unamuno

1

69, Boulevard de Montmorency (XVIe)

Tel. Auteuil 46-33

27 août 1924

Maître

Sous le bienveillant patronage de M. Aulard et au nom de la librairie Riedez et Cie., puis-je vous adresser une respectueuse demande?

Je dirige, à la librairie Riedez, une collection intitulé «Christianisme» qui est destinée à étudier, dans un esprit entièrement indépendant, tous les aspects du Christianisme, dans son histoire, dans son présent et (s'il se peut) dans son avenir. Cette collection se compose de petits livres (de «cahiers») qui en principe ont 128 pages in -16, c'est à dire quatre feuilles quadruple couronne. Elle s'adresse à un public étendu qui nous soutient par ses encouragements et par l'intérêt qu'il porte à cette entreprise. Nous essayons de faire alterner les savants, qui apportent une contribution originale à l'histoire du christianisme et les écrivains qui suivent tous les retentissements subtils du christianisme dans la pensée et dans les âmes. Voici les titres de neuf premiers «cahiers» de cette collection (Les trois premiers ont paru) 1.° *Courte histoire du Christianisme*, par A. Houtin. 2.° *Propos sur le christianisme*, par Alain. 3.° *Le mystère de Jésus*, par moi-même. 4.° *La Sibylle, trois essais sur la religion antique et le christianisme*, par Th. Zielinski, professeur à l'Université de Varsovie. 5.° *Le quatrième Evangile*, traduit du grec avec une introduction par H. Delafosse. 6.° *La pensée religieuse de Renan*, par J. Pommier, professeur à l'Université de Strasbourg. 7.° *Apologie de la franc-maçonnerie. Mémoire inédit de Joseph de Maistre au Prince de Brunswick (1789)* publiée par E. Dermenghem, archivist-paléographe. 8.° *La Vierge Marie*, par L. Coulange. 9.° *Orphisme et christianisme*, par E. Boulenger, professeur à l'Université de Bordeaux.

Nous serions, Maître, extrêmement honorés, si vous vouliez donner au public français un petit livre sur un sujet à votre choix touchant au christianisme, dans notre collection. Votre nom est pour tous les Français synonyme

de liberté d'esprit, de courage intellectuel, d'intelligence des choses spirituelles. Nulle voix mieux que la vôtre ne peut nous faire entendre de hautes vérités.

Le sujet serait laissé entièrement à votre grè et vous le traiteriez dans l'esprit et dans la forme qui vous conviendraient, en votre langue ou en la nôtre. Nous serions particulièrement hereux si vous vouliez traiter quelque gran sujet, du genre de ceux que peu d'esprits peuvent aborder, tels que *l'Avenir du christianisme*, ou *Bilan* (politique et moral) *du Catholicisme*, ou *Christianisme et science*, ou *la Chrétienté*, ou *la Foi nouvelle*, ou *l'Agonie du christianisme*, ou *Mystiques et poètes*, ou *la Spiritualité*, ou *la foi de Pascal*, ou *Sainte Thérèse*, ou *la Religion*, ou *l'art chrétien*.

Veillez, Maître, trouver ici l'expression de mon admiration et de mon respectueux devoûment.

P. L. Couchoud

C 6 115,1

2

21 decembre 1924

Mon cher Maître,

M. Jean Cassou me donne la bonne nouvelle de l'achèvement de votre manuscrit et il me dit quelle belle chose il est, passionée, vivant, avec à chaque instant des points de vue personeles, intimes. Il me dit aussi que vous me faites plusieurs fois le grand honneur de me nommer. De tout cela laissez-moi vous exprimer toute ma gratitude.

M. Cassou me fait espérer sa traduction pour la fin fevrier. Nous prenons nos dispositions pour qu'elle puisse être envoyé tout de suite à l'Imprimeur.

Puisque vous avez bien voulu accorder à la revue «Europe» la faveur de donner un extrait de votre livre, je vous serais reconnaissant de vouloir bien indiquer à M. Cassou le morceau qui pourra se détacher, et je prierai M. Cassou de vouloir bien commencer sa traduction par ce morceau. «Europe» publiera une étude sur vous dans son numéro de fevrier; elle seraiit hereuse de pouvoir donner ces pages de vous dans le même numéro.

Je voudrais vous voir prochainement pour m'entendre avec vous sur les conditions de la publication du livre.

Si vous n'êtes pas engagé déjà pour le jour de Noel, ou pour le jour de l'An, ou pour le dimanche 4 janvier, nous serions très honorés si vous vouliez bien accepter de partager, un de ces jours, à votre choix, notre repas de famille, à l'heure. Nous vous recevrons ma femme et moi, en tout intimité et nous serions hereux si nous pouvions vous faire oublier un peu, pendant ces jours de réunions de famille, les tristesses de l'exil et l'eloignement de votre fanille.

Veillez agréer, mon cher maître, le témoignage de mon admiratio, de ma gratitude et de mon affectueux respect.

P. L. Couchoud

C 6 115, 2

3

27 décembre 1924

Mon cher maître.

Un télégramme vient de nous annoncer la naissance d'une petite nièce et de nous inviter à son baptême qui aura lieu à Angers le 1er janvier. Voulez vous nous permettre d'assister à cette cérémonie de famille chez ma soeur et nous faire l'honneur de venir chez nous «tirer les rois» le dimanche 11 janvier, à midi 1/2? Excusez le dérangement qu'est venue apporter dans nos projets cette petite tête rose, innocente, et veuillez ne pas nous tenir en rigueur. Nous comptons bien sur vous le 11: il sera temps encore pour vous souhaiter, à vous et à votre chère Espagne, une année de réparation et de paix. En attendant je le fais de grand coeur et vous prie, mon cher maître, d'agréer le témoignage de ma gratitude, de mon admiration et de ma respectueuse affection.

P. L. Couchoud

C 6, 115,3

4

6 mars 1925

Mon cher maître

Votre reine et ses parents viennent vous demander si vous voudriez leur faire l'honneur et la joie de venir déjeuner en famille le dimanche 15 mars, à midi 1/2? Nous serons bien hereux, si vous voulez bien accepter cette invitation sans cérémonie, de vous avoir chez nous.

Je vous remercie de grand coeur de cet admirable *Marquis de Lumbria* que vous avez bien voulu m'envoyer. Ce récit tragique, sobre et contenu me révèle toute une Espagne ardente et secrète. J'en ai été tout saisi. Votre don de montrer d'un seul trait toutes les choses et tous leur dessous est un vrai miracle.

M. Jean Cassou m'annonce que la traduction de *l'Agonie du christianisme* est presque achevé. Je brûle d'impatience de lire le nouveau chef d'oeuv-

re. Toutes les dispositions sont prises pour le donner immédiatement à la composition.

Veillez agréer, mon cher maître, nos affectueux hommages, ma gratitude et mon admiration.

P. L. Couchoud

C 6, 115,4

5

25 mars 25

Mon cher maître

M. Jean Cassou m'a envoyé son excellente traduction et j'ai trouvé votre livre plus beau encore que je l'attendais. Il est jailli de votre esprit et de votre coeur. Il est dense et pathétique, fulgurant; il illumine d'un trait de grands paysages spirituels; il a le son d'une cloche grasse et l'envolée d'un grand oiseaux. Permettez-moi de vous exprimer tres simplement mon admiration et ma gratitude.

M. Albert Crémieux, retour de voyage, vous enverra cette semaine le contrat. Comme il est convenu, les droits de traduction en anglais et en allemand seront réservés, de façon que vos editeurs anglais et allemand gardent leur option sur ce livre. Le texte espagnol sera, si vous voulez bien, traité commercialement comme s'il etait la traduction du texte français, de façon à régler le contrat de M. Cassou.

Si vous êtes libre samedi après midi (28 mars), voudriez-vous nous faire l'honneur de venir à la maison à 4 heures, entendre le chant de quelques poésies japonaises que j'ai traduites et qu'un jeune musicien français, M. Delvincourt, a mises en musique. Elles seront chantées par Mlle Marie-Louise Asso. A part le musicien et son interprète, nous serons en famille et nous serions bien hereux de vous avoir parmi nous.

Veillez trouver ici, mon cher maître, nos sentiments de profonde et respectueuse affection.

P. L. Couchoud

C 6, 115,5

6

7 avril 1925

Mon cher maître

M. Albert Crémieux, directeur de les Maisons Rieder, me dit que vous penseriez a un petit livre sur Ignace de Loyola. Si vous voulez bien écrire ce petit

livre pour notre collection «Christianisme», nous serons très heureux et très fiers de le publier.

Pour entrer dans la collection, il faudrait qu'il eût à peu près la même longueur que l'Agonie du Christianisme et une forme littéraire plutôt qu'érudite. Si nous recevions le manuscrit vers le 1er avril 1926, nous pourrions le publier après les vacances de 1926.

Ignace de Loyola est très mal connue en France. Son importance comme héros spirituel et comme réformateur du christianisme est immense. Son histoire écrite et commentée pour vous sera d'une tragique beauté et d'un grand enseignement.

Nous sommes dans la poussière et le désordre de notre déménagement. Le 21 ou 22 avril nous serons installés dans notre nouvel appartement. 82 rue N. D. de Champs. Votre petite reine, ma femme et tous ici se joignent à moi pour vous envoyer mon cher maître, nos souhaits de Pâques pour vous et pour l'Espagne et le témoignage de notre profonde et respectueuse affection.

P. L. Couchoud

C 6, 115,6

7

Institu Médical de Physiothérapie
63, rue Miromesnil
Paris-VIII
Laborde 06-76

13 juin 1934

Mon cher Maître et grand Ami,

Puis-je m'adresser à votre bienveillance en faveur de notre amie, Mademoiselle Victoria Carpenter, qui désire faire un séjour en Espagne, au pair, dans une famille sérieuse? C'est une jeune américaine de 20 ans qui a fait ses études en France. Elle a passé l'année, dernière le baccalauréat de philosophie et prépare, cette année, la licence ès lettres. Elle souhaiterait d'être reçue pour août, septembre et octobre dans une famille espagnole, pour y enseigner le français ou l'anglais et a se perfectionner elle-même dans la langue espagnole. Nous vous serions extrêmement obligés si vous vouliez bien me donner un utile renseignement.

Nous vous adressons, mon cher maître, notre fidèle souvenir et toute notre respectueuse sympathie.

Paul Louis Couchoud

63 rue de Miromesnil, Paris VIIIe

C 6, 115,7

J. I. TELLECHEA IDIGORAS